

Camila, la anorexica... y Noelia



Miro las achocolatadas aguas del Río Paraná arremolinarse, luego de trasponer los enormes pilotes del puente que une Rosario con Victoria. Sopla un viento frío que aumenta aún más mi triste soledad. Caer desde setenta metros y hundirme en el torrente para siempre no puede demorar acaso más de diez segundos...

Diez segundos, comparados con el eterno sufrimiento del que vive como yo, no dejan de ser un atractivo y buen negocio. Suprema valentía del cobarde es la idea que se cruza por mi mente, pero el suicidio ¿será el fin? ¿O será el comienzo de una serie interminable de problemas en las dimensiones etéreas de las almas?

Apoyado sobre la baranda y mirando hipnotizado hacia abajo, me pregunto con tristeza por qué llegué hasta aquí... Una mano fuerte me toma por el hombro. Es la de un policía que quizás adivino mis pensamientos y que muy tranquilo me pregunta:

- *¿Se le cayó algo, amigo?*- y me mira de arriba para abajo.
- *Sí, la paz... pero creo que ya sé dónde buscarla* - respondo sonriendo y lo saludo, mientras me alejo caminando, lo más rápido que puedo.

Conocí a Camila en la Facultad de Ciencias Económicas. Sumamente inteligente y aplicada, obtenía calificaciones de primera. Practicaba toda clase de deportes y destacaba en tenis y esquí acuático. Cuidaba su forma y practicaba jogging y aeróbic a diario, como muchas de las mujeres de su edad y condición social. No sé por qué se fijó en mí. Quizás el que la hiciese reír a cada rato le abrió su corazón y se inundó de mí.

Su familia, de una posición económica privilegiada, estaba constituida por su hermana Noelia y ambos padres. Estos trabajaban, cada uno en un tipo de vida independiente a la del otro. Tan solo se reunían unas pocas veces durante la semana, a la hora de cenar. Y almorzaban juntos luego de la misa de once los domingos.



A los tres meses del embarazo de Camila nos casamos. El escándalo social debía ser tapado cuanto antes... Pero a los cinco meses abortó y quedé de adorno en la inmensa casona de sus padres. Unas veces yo estudiaba, y otras trabajaba en aquello que podía. Ella continuaba brillando en sus estudios.

Conversábamos de todo, lo cual hacía algo más llevadera mi aplastada libertad, prisionero en esa jaula de oro que el destino me labró.

Camila adelgazó estrepitosamente luego que perdió al bebe. Se negaba a comer, argumentando que había quedado demasiado gorda. A sus padres, ansiosos y sobreprotectores, les resultaba difícil aceptar que su hija madurara y se independizara, y se tornaron insoportables en la mesa a la hora de comer. Camila, con su plato adelante, tomaba apenas un bocado y me lo compartía, en un gesto que al principio interpreté de cariño, pero que a ellos los enardecía... Medía un metro con setenta y tan solo pesaba cuarenta y tres kilos y medio...

Comencé a observarla y realmente era insufrible. Si tomaba algún bocado, al rato se marchaba al baño y lo escupía o vomitaba. Escondía comida entre las servilletas e, incluso, aparecían restos en nuestro dormitorio.

Contaba las lentejas o garbanzos que ella se servía. Cortaba la comida en pedazos muy pequeños y jugaba displicente durante un largo rato. Si se preparaba la comida, la hacía muy asada, casi quemada, y si la hacía para otros, rehusaba comerla alegando que estaba satisfecha visualmente...

Buscaba todo tipo de pretextos para no comer. Cuando no tenía dolor de estómago o diarrea, comía solitaria más temprano para que nadie pudiese controlarla. Su lista de alimentos era sumamente reducida. Medio huevo, una tostada y mucho mate sin azúcar, eran sus compañeros habituales. Decía estar saciada o tener náuseas, comiendo mínimas y ridículas cantidades. Hasta negaba tener hambre.

Controlaba su peso en la balanza por lo menos cinco veces en el día. De la noche a la mañana se volvió una experta en alimentos. Conocía con matemática exactitud, largas y difíciles tablas de grandes y pequeñas calorías. Tres calorías una galletita de agua, seis el tomate pequeño y dos una hoja de lechuga... eran las oraciones de gracias que precedían su comer.

¿Cuántas calorías tiene? o ¿tiene grasas?, parecían las monopólicas preguntas que salían de sus labios. Su único y preferido tema eran las dietas. El pensar en calorías y en disminuir de peso, constituían una manera de bloquear sus sentimientos y emociones.

Se veía gorda a pesar de estar extremadamente flaca. Tenía pánico a subir de peso aunque fuesen unos escasos gramos. Esquelética frente al espejo, yo le demostraba que estaba equivocada, pero su maldito sentimiento interno de gordura le señalaba partes del cuerpo en los cuales creía que seguía demasiado obesa...

Usaba la ropa demasiado floja, holgada, ancha y de color oscuro para verse aún más flaca. Era la modelo perfecta para inspirar las famélicas pinturas de *El Greco*... o conocer los horrores de Auschwitz en persona. O también para conocer la apariencia horripilante de un paciente terminal en el pabellón de cáncer.

No satisfecha, se sometía a rutinas excesivas de ejercicio físico para disminuir todavía más de peso. Solía despertarme por las noches y encontrarla caminando en el lugar, al lado de la cama, llorando por que había aumentado veinte o treinta gramos.

Cada tres o cinco días consumía una caja entera de laxantes o diuréticos para eliminar el alimento. Pastillas, hierbas o tisanas para adelgazar, hormonas tiroideas y todo tipo de enemas, eran consumidos por ella, o mejor..., la consumían a ella...

Todo ello no dejó de tener inexorables consecuencias. Terminó en una terapia intensiva, invadida de cables, sondas y alimento artificial para salvar su vida...

Luego de tres meses de recuperar peso y reinyectarle nuevos hábitos, de tratarse psicológicamente en forma individual y en grupos, de aprender a relajarse y a confrontarse con su imagen del espejo, de observarse en videos y realizar terapia psicomotora, con expresión corporal, respiración y danzas suaves... regresamos a la casa renovados, para intentar crecer como pareja...

Reanudamos nuestros diálogos con ímpetu, buceando en lo profundo de nuestras almas juveniles y tratando de encontrar algún escondido secreto que nos permitiese torcer el rumbo del destino... Me sobraban los sueños y esperanzas..

El psicólogo le había mostrado su espíritu perfeccionista y exigente, sus expectativas demasiado altas y su afán por demostrarle a todos lo que ella valía. Sin embargo, me confiesa algo que me pega en el rostro y tira abajo todas y cada una de mis mejores esperanzas:

- *Te soy sincera: el único control absoluto que logro en mi vida es cuando me dedico al peso y la comida. Cuando la balanza muestra que bajo algunos kilos, logro mi meta y me siento poderosa, por que por fin tengo yo el control de mi vida y eso me hace muy feliz. Además, el mundo está hecho para la gente delgada y no para los gordos fracasados... No me jodas más, déjame en paz. ¿Está claro?- me dice muy convencida.*

No quiere curarse. Son las cuatro y media de la tarde y ella se duerme plácida en la siesta. Siguiendo las instrucciones de los médicos, yo igual marchó a prepararle la merienda.

Desde hace algunos meses desaparecen de la despensa de la casa los alimentos con mayor aporte calórico, como los chocolates y los dulces, con los cuales intentaba tentar a Camila.

Después de mucho interrogar a unos y a otros sin obtener respuesta, la sorprende a Noelia su hermana, en un "voraz atracón".

Se sonríe y me confía que no puede controlarse. No puede parar de comer, ni controlar siquiera la cantidad que ingiere de alimentos. Sus impulsos le hacen ceder a la tentación de la "atractiva comida", y solamente tiene un recurso para dejar de comer sin aumentar de peso. Noelia se provoca el vómito cada vez que ingiere alimentos tan "prohibidos". Tiene un terror enfermizo a engordar.

- *¿Te parezco atractiva o soy fea?- me dice con una sonrisa sexy y ofreciéndome el espectáculo de una elegante media vuelta. Es realmente hermosa. Es bulímica, pero no es obesa.*

- *¿No tengo novio por estar gorda, verdad? ¿Vos creés que alguien puede amarme a pesar de mi apariencia...?* - me pregunta acercándose el rostro. Tiembla mi pulso y algo que tenía entre las manos se me cae. Con voz balbuceante trato de responderle, pero estoy demasiado turbado y confundido...

Es demasiado hermosa y no puedo apartarla de mi mente. Encima, con Camila hace rato que no pasa nada... Camila es anoréxica incluso para el sexo.

Ya no recuerdo qué tenía que hacer. Miro en la pieza a Camila que duerme plácida y tranquila en su anorexia...

Noelia me pide que le acerque una toalla que estaba en el sofá... Cuando se la acerco al baño, ella descorre suavemente la cortina y se me muestra totalmente desnuda...

Se cruza ante mis ojos, inevitablemente, el esqueleto con piel y dos pechos arrugados de Camila. Noelia es demasiado bella y radiante en su hermosura, por lo que no tarda demasiado en desaparecer aquel fantasma, eclipsado por su cuerpo escultural.

Me arranco sediento la camisa y ávido de afecto me precipito entre sus mieles... Todo lo que no tiene Camila, a Noelia le sobra por doquier... No sé por cuánto tiempo. Solo sé que ella y yo nos abrazamos embriagados y nos perdemos dentro de la locura pasional de un increíble amor prohibido...

Cuando ya todo pasó, nos sentamos en el sofá procurando serenarnos. Enciendo un cigarrillo mientras la culpa martillea mi cabeza por haberle sido infiel a Camila y, sobre todo, con su hermana. Pero mi orgullo masculino me consuela, felicitándome por tan brillante desempeño...

Horrorizado, al rato compruebo que Noelia ingiere tabletas y tabletas de blanco y negro chocolate crocante, en un espectáculo voraz que solo se compara al de una boa desafortunada y hambrienta. Con la boca repleta de comida, sus dientes carcomidos por el ácido de incontables vómitos, le alcanzo a adivinar aquello que expresa con gutural sonido:

- *Mmmgh...es la culpa. Crompf, croomch cromch siempre me pasa... Cromph, crompch, siento culpa y como... no puedo parar cromch cromch cromch...-* me dice con los cachetes inflados de comida.

Haciendo un monumental esfuerzo para controlar mis náuseas, salgo a caminar y pongo rumbo al Paraná... *¿Qué otra cosa me queda?*

Fin